

páginas tremendas sobre los maestros rurales, sobre su inutilidad, sobre el desastre educativo en el campo, sobre su nocividad.

Les daré solamente una muestra de la prosa de James Agee y siento que no esté acompañada de una foto de Walker Evans:

Que yo sepa, el overol es una ropa que nació en este país, es el uniforme del trabajador, del campesino del Sur, su distintivo, la proclamación de su pertenencia al campesinado. Hay un clasicismo tan profundo en el vestido "campesino" en todos los lugares y en todas las épocas que, por ejemplo, una campesina rusa y una campesina americana no se pueden distinguir por su vestido. Es más, la ropa cambia, pero moviéndose en el tiempo, para adelante y para atrás. La Señora Ricketts, por ejemplo, no se puede distinguir, imagino, de una mujer de su clase, cinco siglos atrás. Pero el overol es una prenda relativamente nueva y local.

Traten —no lo puedo poner por escrito— de imaginar y de conocer la diferencia, en comparación con otro tipo de ropa, de sensación sobre el cuerpo; puesto, jalado el overol sobre la panza y el pecho; las espaldas desnudas, menos la parte cubierta por la cruz de los tirantes, las bolsas profundas por cada lado, las bolsas cuadradas en cada nalga; las estructuras complicadas sobre el pecho, bolsitas para plumas, desarmador, reloj; lo frío del sudor cuando el overol es nuevo y tieso; lo suave y agradable al sudar cuando es viejo; los botones metálicos de la bragueta; los gestos simples, rápidos para ponérselo y quitárselo, gestos que no se dan para otro tipo de prendas y que son los de ponerle y quitarle el arnés a un animal cansado y duramente gastado. (p. 240-241)

Jean Meyer

El Colegio de Michoacán

JESUS GOMEZ SERRANO. *El mayorazgo Rincón Gallardo: disolución del vínculo y reparto de las haciendas*, Aguascalientes, 1984.

A los 26 años Jesús Gómez ha publicado tres libros, *Aguas-calientes, imperio de los Guggenheim* (SEP 80 n 43), *Ojoca-*

liente: una hacienda devorada por la urbe, y el libro aquí reseñado, editado como el anterior por el Centro de Investigaciones Regionales de Aguascalientes (CIRA), financiado por un fideicomiso local. Vale la pena señalar que al dinamismo económico de Aguascalientes corresponde a un dinamismo intelectual apoyado, si no es que fomentado, por el mecenato de ciertos políticos y empresarios. ¡Ojalá y cundiera su ejemplo más allá de las fronteras del Estado de Aguascalientes!

Tanto el libro sobre Ojocaliente (86 p. 1983) como este sobre el mayorazgo (156 p.) son adelantos de una tesis de doctorado sobre "Tierra y sociedad en Aguascalientes de la independencia a la revolución".

A fines de la colonia la familia Rincón Gallardo controlaba unas 350 000 hectáreas repartidas en 1 416 haciendas, en el territorio de los actuales estados de Aguascalientes, Zacatecas y Jalisco. Este latifundio conocido con el nombre de Ciénega de Mata, ha sido considerado por François Chevalier como el prototipo de los latifundios mexicanos. "Era no sólo un esquema de aprovechamiento de los recursos, cuya eficacia fue de sobra probada durante tres siglos, sino también todo un universo de relaciones sociales que afectaban al terrateniente y a sus trabajadores, al poder civil y al poder eclesiástico". (p. 140)

La independencia no afectó al mayorazgo, conviene recordar que la familia tenía otras tierras (pp. 25-26) y otros negocios. Don José María (¿1802-186?) llegó a controlar un corredor que iba de Aguascalientes a Ojuelos, por el norte hacia Asientos, por el sur hasta Lagos. A esto hay que agregar tierras en San Luis Potosí, fincas urbanas en México, Querétaro, Aguascalientes, Lagos y participación en sociedades comerciales e industriales. "Ciénega de Mata era sólo un caso, no el único ni el más escandaloso, de acumulación de tierra en manos de una sola familia". (p. 140)

El mayorazgo sobrevivió a todas las medidas legislativas y administrativas que se tomaron contra este tipo de vínculos, hasta que en 1861 don José María tomó la decisión de repartir las haciendas del mayorazgo entre sus hijos vivos. "Con una decisión de ese calibre resultaron afectados no sólo el marqués y su familia, sino todo el conjunto de la clase propietaria y la estructura economicosocial de la región. La disolución del vínculo de Ciénega de Mata se signi-

ficó como un momento muy especial en la línea trazada por la evolución del agro mexicano". (p. 141)

¿Por qué don José María Rincón Gallardo, segundo Marqués de Guadalupe y general del ejército mexicano, en buenos términos con los liberales (dos de sus hijos prestan y prestarán servicios brillantes a la causa republicana) tomó la decisión de disolver formalmente el mayorazgo y de repartir las 16 haciendas que lo integraban, entre sus doce hijos? Además, a través de varios apoderados, y en condiciones francamente ventajosas para los adquirientes (pp. 107-117) vendió docenas de pequeños y medianos ranchos en el valle del Tecuán, convirtiéndolo en una zona de pequeña propiedad, como buena parte de los municipios de Calvillo y Jesús María.

"Así, en el marco de un breve plazo y sin mayores alardes quedó disuelto uno de los mayores y más productivos latifundios que conoció la región centro-norte de México". (p. 13) Esta decisión proporcionó al historiador un instrumento excepcional para estudiar Ciénega en todo su apogeo, en 1861; en efecto, don Chema ordenó que se levantara un minucioso inventario de todas las tierras y mejoras que comprendía el mayorazgo, para hacer entre sus hijos el reparto más equitativo posible. Este documento, entre muchos otros del archivo de Notarías minuciosamente trabajado por Jesús Gómez, le permite al autor contestar a una serie de preguntas: ¿Qué características tenían las haciendas y los ranchos? ¿Con qué criterio fueron repartidas? ¿Cuál fue su porvenir ulterior? ¿Quedaron en manos de los hijos de don Chema? ¿Qué pasó con la colonización del Tecuán? ¿Los ranchos fueron vendidos a sus tradicionales arrendatarios o fueron botín de acaparadores? Los documentos permitieron también estudiar el mecanismo del arrendamiento y la aparición del grupo social de los rancheros.

Por lo pronto, en 1862 las 16 haciendas dejaron de estar sometidas a vínculo, esta típica institución colonial que garantizaba la unidad de las grandes propiedades rústicas. Los doce hijos, aunque dispuestos a respetar la voluntad paterna de nunca hipotecar ni vender las fincas, al paso del tiempo acabaron con alguna que otra excepción por rendirse frente a la necesidad. Así las haciendas de Jaltomate, la Punta, los Campos y otras pasaron a manos ajenas a la familia, lo que

plantea el problema del ocaso de una clase social (y no el de la hacienda).

Las tierras del Tecuán "crecientemente pobladas por industriosos e infatigables rancheros, fueron vendidas a sus arrendatarios por el mismísimo marqués". Esta venta "cayó como lluvia en tierra abierta al cultivo, haciendo florecer de inmediato a toda una nueva casta de pequeños propietarios" (p. 141). Apenas hubo indicado don Chema "la idea de vender, cuando todos los arrendatarios ocurrieron presurosos, pidiéndole ser preferidos unos a otros, y aún hicieron montar el valor real fijado para la venta por el propietario" (p. 142, citando un artículo de 1861). En este sentido, la disolución del vínculo significó la brusca interrupción de las tendencias monopolizadoras y la dinamización del mercado de la tierra.

Desde el punto de vista de la productividad, hay indicios de que el fenómeno resultó positivo, aunque Ciénega de Mata nunca había sido un latifundio estéril, sino todo lo contrario (ver las pp. 37-93). El caso de Chinampas es revelador de la actividad agrícola del mayorazgo, "no era más que un llano y ahora (1829) se compone de una casa grande, todas las de los peones, trojes donde caben más de mil carretas de maíz en mazorca y todas las demás oficinas necesarias para una hacienda; sus potreros correspondientes, todos de piedra, varios tanques. . ." (p. 37). Todos los inventarios de 1861 manifiestan claramente el avance productivo de la primera mitad del siglo XIX, los progresos de la agricultura y el declinar paralelo de la ganadería extensiva.

En 1861, todas las haciendas lucían "el perfil propio de giro de campo consolidado: tierras de riego y temporal, numerosos aguajes, buenas trojes, casas para el patrón y para los peones, bestias de avío, terrenos empotrados, herramientas". (p. 76) "Resulta claro que en Ciénega de Mata los terrenos eran en su mayoría aprovechados. De las 350 000 hectáreas, el 63% estaban incorporadas a alguna variante de la actividad productiva" (p. 88 y 93).

Disuelto el vínculo, la familia Rincón Gallardo perdió el sitio que ocupaba en la cúpula de la clase de los hacendados. Pocos hacendados podían competir con Ciénega de Mata (\$ 2 500 000 en 1861, evaluación del autor), pero los hijos de don José María dejaron de ocupar el sitio privilegiado que

había sido el de los marqueses. En el mejor de los casos, como Juan Bautista Rincón Gallardo, fueron hacendados diligentes y emprendedores, como muchos otros. Casi todos los demás vieron en sus fincas una mera fuente de recursos pecuniarios, no un negocio que había que manejar bien. Desde antes de la muerte de su padre, empezaron a gravar y a vender el patrimonio, y esto se aceleró después. "Verdaderamente, la decisión de disolver el vínculo marcó un punto de no retorno, un parteaguas en la evolución de la propiedad rural en la zona de Ciénega de Mata". (p. 143) En 1900 la familia conservaba 8 de las 16 haciendas, o sea 200 000 de las 350 000 hectáreas.

Este fenómeno ocurrió frecuentemente en el siglo XIX contra lo que dice cierta leyenda agrarista que tiene como Vulgata las obras de Andrés Molina Enríquez y de Wistano Luis Orozco, apóstoles respetables pero exaltados, abogados propensos a la exageración para ganar su causa. El III Coloquio de antropología e Historia Regionales (Zamora 1981) lo ha comprobado; basta hojear sus actas "*Después de los latifundios. La desintegración de la propiedad agraria en México*", libro que hubiera permitido al autor desarrollar sus conclusiones. (p. 144-145).

Jesús Gómez señala un tema interesante, el de la decadencia política de la clase latifundista: "en el contexto de la transformación cualitativa del país (modernización), uno de los sectores más perjudicados fue el de los hacendados". (p. 146) Tuvieron que abandonar muchas posiciones a los nuevos capitanes de industria y a los inversionistas extranjeros, los Guggenheim en Aguascalientes, por ejemplo. Esta pérdida de posiciones también tuvo lugar en la política. A principios del Porfiriato, los que mandan en Aguascalientes siguen siendo hacendados, como desde la independencia; para 1900 las cosas han cambiado mucho y el hombre clave de la vida política local es Alejandro Vázquez del Mercado, amigo de industriales, entusiasmado por los ferrocarriles y las fábricas. En el Congreso dominan señores de la urbe, socios de firmas industriales, "secuaces de la línea industrializadora del jefe del Ejecutivo". (p. 146) Cabe aclarar que los hacendados retrocedieron ciertamente, pero no desaparecieron del mapa, sino hasta la revolución, como lo cuenta Bea-

triz Rojas en *La destrucción de la hacienda en Aguascalientes 1910-1931*, editado por El Colegio de Michoacán en 1981.

Al final de su libro, el autor se pregunta si existió una relación directa entre la ley Lerdo de 1856 y la desvinculación de Ciénega de Mata. Contesta que no, ya que entre 1856 y 1861 o 1862 pasaron varios años, que nunca hubo amenaza contra el mayorazgo y que además "la familia Rincón Gallardo contaba con la enorme ventaja política de su firme militancia en las filas del partido liberal". (p. 148) Señala que si no hay relación de causalidad, hay "relación de correspondencia, lo cual significa que tanto las medidas desamortizadoras como la decisión de don José María parecen corresponder a un mismo clima histórico (. . .) Desamortización y desvinculación parecen haberse inscrito en una misma línea de evolución histórica, aunque no sea posible establecer entre ambos fenómenos relaciones de determinación o causalidad". (p. 149)

Quizá Jesús Gómez hubiera podido mencionar acontecimientos de la historia regional capaces de convencer a don Chema de la necesidad de adelantarse a los tiempos nuevos: en 1865 el ayuntamiento de Aguascalientes fraccionó la hacienda de Morcinique y al hacerlo manifestó su preferencia por la pequeña y mediana propiedad.

En el verano de 1861, unas semanas después de la decisión del marqués (17 de junio, confirmada el 21 de junio de 1862), el gobernador liberal Esteban Avila publicó un decreto agrario radical, destinado a provocar el fraccionamiento de las haciendas grandes y medianas. ¿No tendría esto nada que ver con la repentina decisión de don Chema?

Jesús Gómez ha trabajado estos asuntos y si no los menciona es que —esa crítica vale para todo su libro— se queda demasiado preso de su fuente: el archivo de Notarías. Una de las virtudes de su trabajo es que descansa exclusivamente sobre fuentes primarias, lo que explica lo novedoso del libro, pero al mismo tiempo el autor se encerró en una sola fuente, lo que tiene dos inconvenientes: primero, fascinado por la riqueza de su material, no resiste la tentación de verterlo todo (todos los inventarios, de todas las haciendas y hasta de todos los ranchos si los hubiera encontrado); segundo, demasiado contento de su fuente notarial, olvida hacerse preguntas o no puede contestar a ciertas preguntas. Así se

interesa muy poco en el personaje de don José María Rincón Gallardo, de tal manera que ni siquiera nos da la fecha de su muerte. Una nota de pie de página nos dice que "los datos biográficos de (...) se encuentran en el acta levantada por el licenciado etc. . . (p. 25). Nada más. Lástima. Otros archivos de Aguascalientes, Guadalajara, México hubieran dado más vida, más carne al libro. Y en Aguascalientes me consta que no falta el historiador, no faltan las gentes con memoria familiar asombrosa que hubieran podido aclarar la conducta de don Chema. Para no mencionar a los Rincón Gallardo y a su archivo.

Este libro está bien apoyado con mapa y buenas fotografías de Ernesto García Campos y Armando Luna Gallegos, fotografías que son más que ilustraciones y hubieran ameritado mejor comentario. La portada es engañosa, ya que nos presenta una hacienda en ruinas, ruinas recientes, ruinas del siglo XX que no corresponde a la realidad del libro. Hubiera convenido una fotografía como la que presenta su escrito sobre Ojocaliente, un patio en todo su esplendor, con cancel de 1896. Pero si nós ponemos en este plan, hasta el título engaña de algún modo, o mejor dicho, el subtítulo que, en lugar de "reparto de las haciendas" (reparto significando ruina, según la foto), debería haber dicho: "situación económica de Ciénega antes de su disolución" ya que más de la mitad del libro (85 p. de 150) corresponden a este tema.

Estas últimas observaciones no le restan mérito a un libro que tiene muchos y que está escrito en forma clara y amena.

Jean Meyer
El Colegio de Michoacán

MARIO ALONSO ALDANA RENDON, *Rebelión Agraria de Manuel Lozada: 1873*. SEP/80, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

Hace más de diez años Jean Meyer, en su libro sobre los movimientos campesinos en México durante el siglo XIX, comentó que Manuel Lozada, líder agrario y militar de las co-